

LIBROS

La economía española de los años 70

Si la Historia de España ofrece —por utilizar una conocida expresión— un «manejo de enigmas apasionantes», la España actual vuelve a ser, de manera tan destacada como en otros momentos pretéritos, un tema apasionante de estudio, como consecuencia precisamente de la extraordinaria intensidad y las no pocas peculiaridades del acelerado proceso de cambio social y económico que acompaña a la fuerte expansión del capitalismo español de los últimos años.

De ahí el interés que ha de presentar cualquier empeño riguroso de análisis sistemático y, en términos aún más generales y previos, cualquier tarea continuada de selección de materiales que posibiliten el estudio y la comprensión de dicho proceso de crecimiento y cambio social y económico. Por eso mismo no debe dejarse de subrayar la aparición de la sexta obra de la serie —iniciada en 1968— de *Anuarios de Economía Española*, que un destacado grupo de profesores universitarios viene ofreciendo, siempre desde posiciones independientes de cualquier entidad económica, financiera o vinculada a la Administración, dirigido y realizado por J. Muñoz, S. Roldán, J. L. García Delgado y A. Serrano (este último, el nuevo firmante del seudónimo colectivo «Arturo López Muñoz»)(1).

(1) La economía española, 1973. Anuario del año económico. Edicusa. Madrid, 1974. Dirigido y realizado por J. Muñoz, S. Roldán, J. L. García Delgado y A. Serrano, con la colaboración de I. Cruz, J. Falces y J. M. Fernández Pérez.

lo que constituye, desde luego, un hecho bien singular en el panorama de la producción bibliográfica de esa índole.

En el volumen correspondiente a 1973 destacan, sin duda alguna, los tres extensos primeros capítulos, cuyo contenido respectivo justificaría, en otro caso, otras tantas publicaciones unitarias. En el primero, Algunos aspectos de la evolución general de la economía española en 1973, se estudian, ante todo, los rasgos más destacados de la prolongación durante el último año de uno de los períodos de crecimiento y acumulación más importantes de toda la historia del capitalismo español: el que ha permitido a éste ofrecer a la altura de nuestros días una imagen, en parte, tan distinta a la de los primeros años 50, por ejemplo. Y en ese marco analiza también dos temas insoslayables, que anticipan ya los problemas de la economía española durante el presente año: uno, el auge de las tensiones inflacionistas, y el otro, la inicial incidencia de la crisis energética internacional, así como las primeras medidas —primeros errores— de la política económica española para afrontarla.

El segundo capítulo, *Economía laboral española: Seguridad Social Agraria y visión global de 1973*, incluye un extenso y documentado trabajo con el que se trata de cubrir una parcela marginada en otros informes generales sobre el año económico, y que, sin embargo, resulta más esencial, dados unos determinados supuestos metodológicos, para una revisión mínimamente globalizadora y clarificadora de la evolución económica.

En el tercer capítulo, en fin, *Las inversiones extranjeras en la economía española a la luz de la opinión pública*, no sólo se recogen —siguiendo el método ya utilizado en los trabajos análogos incluidos en *Anuarios* precedentes— una gran parte de las

diversas posiciones y actitudes que se han explicitado, a través de la prensa especializada o de información general, a lo largo de 1973 en torno a dicho tema, sino que, además de eso, se ofrece una elaborada síntesis del proceso histórico de la penetración de capital extranjero en España desde mediados del siglo XIX.

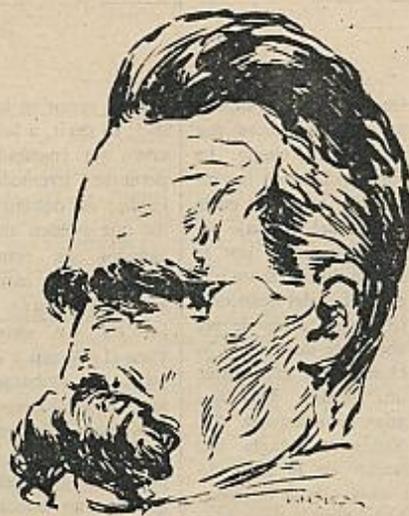
La obra se cierra, por último, con dos capítulos, dedicados a ofrecer una noticia —adecuadamente sistematizada, por una parte— de las disposiciones más importantes de política económica y, por otra, de bibliografía sobre economía española aparecida en 1973.

En conjunto, pues, una amplia obra, cuidadosamente elaborada, de inexcusable consulta en cualquier estudio de la dialéctica del desarrollo capitalista español más reciente. ■ PATRICIO G. HERRANZ.

«El filósofo intempestivo»

Quien conozca no excesivos pormenores de la filosofía de F. Nietzsche, y parece que ya hasta los gatos (no todos pardos, por cierto) se aventuran a tales peligros, sabrá muy bien que uno de sus más dulces y decididos propósitos fue el de resultar intempestivo, esto es: extemporáneo o inoportuno, que tanto da. Pero es que ¿no conspira el tiempo también contra el filósofo? ¿No hay, pues, un tiempo de la filosofía, un oficio de filósofo? Si así fuera, si a Nietzsche o a cualquier otro se les tolerase una sola palabra intempestiva, una sola palabra plena de fuerza, se vendría abajo todo el proyecto socrático y quedaría manifiesta la enfermedad crónica de la filosofía: la confirmación del talante moral del lenguaje.

Concebir la moral como enfermedad y como enfermedad que hace presa en el lenguaje, que hace del tiempo aposento de crímenes y convierte en historia los



Friedrich Nietzsche.

mitos, la filosofía en consuelo de afligidos, parece entonces el comienzo de una más vasta indagación genealógica que tiene aquí su medida en estos textos inéditos de los años 1872, 1873 y 1875, contemporáneos de las primeras «Intempestivas», que comentamos (1).

Pero Nietzsche es aún un filólogo vinculado, a través de su maestro Ritschl, a la gran escuela alemana. Ciertamente la publicación de «El origen de la tragedia» ha provocado una casi unánime condena y su alejamiento sin pena de la institución universitaria, aunque no lo es menos que su saber o su pasión de y por Grecia oscurecen lo mucho que a Wagner o a Schopenhauer pueda aquel libro deber (no ocurre, sin embargo, así con la fulgurante tradición del romanticismo alemán, con Hölderlin, sin duda, con Schinkel incluso, que había soñado un Walthala sólo posible en Grecia, escándalo, por tanto, de Bayreuth).

En cierta manera, Nietzsche sitúa su reflexión filosófica de estos años en el ámbito de la crisis general a que había abocado la «décadent» y filisteica ciencia alemana, crisis que él imaginó tan desoladora como aquella que llevó a la «polis» griega a prestar oídos a

(1) F. Nietzsche: El libro del filósofo. Ed. Taurus. Madrid, 1974.

un sicofante como Sócrates y al delirio epídico de los macedonios.

«Los filósofos —dice Nietzsche— aparecen en las épocas de gran peligro, cuando la rueda (del tiempo) gira más veloz; ellos y el arte ocupan el lugar del mito en trance de desaparición». «Intempestividad» entonces la del filósofo, tanto en su imposible negación de la modernidad (Grecia, paisaje y palabra de la sabiduría) como en su reprobación de la suprema fascinación del tiempo. Filosofía y arte hacen y deshacen esa fascinación, pretenden reinventar los mitos en un mundo dominado por la Historia y por la prensa (sucedió, según Burckhardt, de la retórica antigua), y de esta manera se convierte la primera en medicina para el dolor de la cultura (¡todavía Schopenhauer!), y el segundo, en mentira y desencanto del «dogmatismo de las ciencias».

No le extrañe al lector de este libro la insistencia de Nietzsche en la naturaleza saludable del ejercicio de la mentira porque, ¡sepalo ya!, el propio «Libro del filósofo» es, en opinión de los estudiosos esforzados, una mixtificación. No será seguramente ésta la primera ni última vez que tal le suceda, puesto que este tipo de artificios resulta a menudo tan provechoso como las más

perfectas maquinaciones filológicas. Ciento ochenta y nueve páginas falaces no alcanzan, sin embargo, el desmedido volumen de las fantasmagóricas enciclopedias de Borges. Así todo, objeto o no de manipulaciones, estos inéditos de Nietzsche no descalifican una lectura apasionada (como acertadamente propone Fernando Savater, su prologoista), sino quizá a los amigos de administrar la certeza y la seriedad en el ámbito de la moralidad docente. Nada nuevo; ya Ulrich von Wilamowitz-Möllendorf, uno de los más enconados detractores de Nietzsche, hacía apología del aprendizaje de la verdad por vía del «ascetismo de un abnegado trabajo».

¿A qué y de dónde viene esta veneración por la verdad? o, mejor aún, ¿por qué esta reducción del lenguaje a la alternancia de lo verdadero y lo falso?

Digna es de consignarse, antes de pasar a otra cuestión, la unión con que tantas y tan dispares gentes han reverenciado y reverencian a la verdad. En la verdad coinciden, en detrimento del orden del mundo, los bebedores de vino y las izquierdas. El propio Nietzsche cuenta en «Ecce Homo» que Zaratustra, persa, recomendaba a los jóvenes de su raza dos cosas tan sólo: disparar con arco y decir la verdad. Deberíamos luego recordar aquello tan bonito de que la verdad siempre es dolorosa. Aquí precisamente comienza Nietzsche su discurso. En la «Introducción teórica sobre la verdad y la mentira en el sentido extramarital», el texto más sugerente de este libro, Nietzsche, tras discurrir («exposición continua» la llama) arduamente por un laberinto lingüístico tal, considera que el asunto quedaría resuelto de esta manera:

«Platón, como prisionero de guerra, ofrecido en un mercado de esclavos —¿para qué quieren los hombres a los filósofos?—. Esto perti-

te entender para qué quieren la verdad».

Por lo general, los griegos no confiaban en los esclavos. Curiosamente es Platón quien advierte («Política», IX.5) a los ricos de las ciudades acerca de los peligros que corren en un yermo rodeados de sus esclavos. Gran ventura sería si conservasen la vida, aunque sólo fuese por obra de la adulación. Bien obra Platón al hablar de ello, pues precisamente dos discípulos suyos asesinaron a Clearco de Heraclea, a quien sus sueños habían indicado que no se fiara de la filosofía.

El filósofo —dice Nietzsche— es médico de la cultura, pero éstas no son formas de remediar las dolencias de un paciente ciudadano (¿no basta ya con los tiranos?). Suele considerarse que antes se pilla a un mentiroso que a un cojo, lo que Nietzsche explica así: «Los griegos corrían demasiado» (de ahí la tortuga). Tanto, que transcurridos tres siglos desde Hesíodo, comprar a Platón no era recomendable negocio.

Pero, ¿por qué Platón, y no Empédocles o Heráclito, reputado misántropo? Podríamos quizá atribuir a aquél esa pasión por la mentira piadosa que parece propia de los físicos y los barberos. Sin embargo, una cosa era embarcarse con Alejandro hacia la India (¿acaso no dirá Eratóstenes que algunos bárbaros sean tan dignos como los mismísimos griegos?) y otra perecer por culpa de los cuidados excesivos de un filósofo amante de la verdad. Hay amores que matan. Digamos que aún había en Grecia teatro.

Para Nietzsche es imprescindible distinguir entre una verdad ascética y una verdad eudémonica. En el primer caso, la verdad trabajaría a favor del orden del

lenguaje, que se supone ser el de las cosas, por vía de tautología. La convergencia de las palabras y las cosas en la verdad del lenguaje podría ser tenida por la sola garantía frente a la gratitud del ilocer y frente al terror de ser objeto de ilusiones o incluso de ser uno mismo una ilusión. Más que amor a la verdad, dice Nietzsche, habría que hablar de la abominación de ciertas ilusiones. El hombre «atrapado en las redes del lenguaje» sueña con la espada de buen filo que las corte y le conceda una verdad libre de las arbitrariedades del existir. Referirse entonces a Platón y a su «estado suprahélico» es referirse a Alejandro, que seccionó de un tajo el nudo gordiano, pues los bárbaros son necesarios para la generalización de la verdad. Nietzsche nos invita a recomponer el nudo, a concebir la verdad como fuente de vida y, por consiguiente, como alucinación pasajera del juego de ilusiones (de «trasposiciones» dirá Bataille) que constituyen «el milagro continuamente operante» de los dioses mostrándose y negándose a los hombres. Esta verdad posee una apariencia, una falaz efigie, que la desmiente sin cesar y la convierte en instrumento de abundancia y en pieza de juego. Es ya metáfora que no reconoce la servidumbre de la extensión y no dura sino en su propia apariencia, en su verdad como ilusión o mentira prohibida. No otra verdad reclaman para sí el filósofo, el artista y el santo.

Ahora entendemos las frecuentes afirmaciones de Nietzsche acerca del arte como mentira: sólo lo será para quienes la verdad existe por la astucia del que no quiere extraviarse en la metáfora, reduciendo unívocamente la mentira a ilusión. El arte miente a

los que creen en la verdad; es decir, a los que creen ser engañados y perderse irremediablemente; en definitiva, a los que pueden ser engañados sin esfuerzo. «Todas las mentiras son piadosas». Esto lo es en extremo. Para el filósofo y el artista, sin embargo, el arte es verdadero porque «maneja la apariencia como apariencia», porque no pretende engañar, sino buscar su placer en la fe, en la verdad de la ilusión.

Ejemplo y razón de todo esto quiso Nietzsche darnos en los trabajos, que este libro recoge, sobre la retórica y el carácter metafórico del lenguaje. No habría faltado sino que, de manera semejante, hubiese hablado sobre el mito, pero aún esperó algunos años más para escribir el «Zaratustra». ■ ANGEL GONZALEZ GARCIA.

Poesía valenciana joven

Si de cualquier libro es lícito preguntarse sobre su necesidad, tratándose de una antología parece obligado. «Carn fresca» (1) recoge una muestra de la obra de diez poetas valencianos nacidos a partir de 1942. El título sugiere más que un volumen de poesía, un fascículo coleccionable de una serie montada sobre «sexo y violencia». Quizá intenta —arcanos de la publicidad— despertar el sadismo del lector con el aliciente del holocausto colectivo de toda una generación de poetas. Pero estas son reflexiones marginales: hablábamos acerca de la necesidad del libro. El prólogo de Amadeu Fàbregat nos facilita la respuesta a lo

(1) Amadeu Fàbregat: *Carn fresca. Poesía Valenciana Jove*. L'Estel. Valencia, 1974.

largo de sus cuarenta páginas.

Incurrir en la poesía ha sido, durante largas temporadas, el único «vicio literario» del País Valenciano. El cultivo del verso subsiste, como un delicado hilván, durante los últimos cincuenta años, a veces en el solitario: azarosa continuidad cultural, a trancas y barrancas entre juegos florales, espacios vergonzantes en la prensa local y ediciones casi «underground». Su estudio interesa hoy sobre todo en su vertiente socio-cultural, con las honrosas excepciones de rigor. Por ello resulta especialmente sugestivo el análisis que de las cuatro antologías poéticas que preceden a la que comentamos realiza Amadeu Fàbregat en su introducción. «Carn fresca» se inserta conscientemente en una trayectoria cuyo sentido ha de buscarse, más que en el deseo de encontrar rasgos diferenciales en la poesía valenciana, en la necesidad de dar fe de su vida. No se trata tanto de presumir de buena salud literaria, como de constatar que se hace literatura en valenciano. Son las modestas pero urgentes tareas que impone el «estado de necesidad».

Se justifica así que el antólogo haya optado por ofrecer una recopilación «estadística» que demuestre si se hace poesía y, en un segundo término, qué poesía se hace. La penuria padecida por el País en medios de expresión catalanes explica que varios de los poetas seleccionados, pese a haber obtenido premios literarios, permanecieran totalmente inéditos. Los originales se obtuvieron a través de una convocatoria lanzada desde las páginas de la revista «Gorg» en los dos números anteriores a su clausura administrativa; se recurrió también a la información facilitada por amigos y conoci-

dos. El método pudiera parecer aberrante desvinculado del contexto social en el que se aplicó. Pero en éste, y a la vista de los resultados obtenidos, me parece perfectamente válido. Se procedió después a la selección de los diez poetas incluidos en el volumen atendiendo a la calidad literaria de los textos remitidos. Ya sólo faltaba sacar las conclusiones.

La antología se articula polémicamente con la que, en 1966, constituye su inmediato precedente: fue publicada por «Identity Magazine», revista de la Universidad de Harvard, en versión bilingüe inglés/catalana, bajo el título de «Anthology of Valencian Realist Poetry. Antología de la Poesía Realista Valenciana». Fàbregat arremete contra los arúspices del realismo con el mismo celo que éstos pusieron en sus manifiestos y particulares anatemas. Asistimos a una réplica de la situación que se produjo en la poesía castellana cuando Castellet abandonó las tesis de «Veinte años de poesía española» con el lanzamiento de los Novísimos. Sólo que en Valencia el pequeño escándalo es bicefalo, y Fàbregat no nos ofrece una autocrítica, sino un ataque frontal. La polémica no interesa aquí por su anecdota, sino porque de ella arranca la división del libro en dos partes: La primera agrupa a los seguidores del realismo: Josep Ll. Fos, Domenech Canet, Jesús Huguet y Josep Lozano; la segunda, a quienes siguen corrientes estéticas separadas del realismo: Josep Piera, Rafael Ventura, Vicent Franch, Josep Ll. Bonet, Joan Navarro y Salvador Jáfer.

Si existen rasgos comunes entre los cuatro autores citados en primer lugar, por vaga que resulte la denominación de realistas —o de con-

tinuadores del realismo crítico—, la conexión entre los seis restantes es, en principio, de signo negativo y su agrupamiento responde a su condición «no-realista». Con la excepción de Domenech Canet, que transmite al lector un mundo poético propio, la obra de los continuadores del realismo permite una valoración conjunta: es una poesía llena de buenos propósitos socio-culturales y de malas soluciones literarias.

La preocupación por el quehacer poético es, por el contrario, una constante de la segunda parte del libro. Josep Piera ofrece su «Rondó», un hermoso poema de amor: la muda lingüística del poeta —cuya obra anterior apareció en castellano— dota a su texto de una mayor contención en el lenguaje, que mantiene, sin embargo, todo su brillo imaginativo. Los poemas de Rafael Ventura constituyen un inteligente divertimento provocativo y exhibicionista que intenta problematizar la relación establecida entre autor-texto-lector. Vicent Franch se acoge a un mundo de símbolos para mostrar su mundo personal o su entorno. La obra de Josep Lluis Bonet, totalmente inédita, demuestra una rara madurez y una seria preocupación formal, que permiten esperar con interés su producción futura. Joan Navarro aporta poemas de dos libros —inéditos— muy distintos, que parecen decantarse desde componentes «pop» al surrealismo. Salvador Jáfer va madurando a lo largo de sus textos en un proceso que no aparece cerrado.

Al terminar la lectura se tiene la impresión de que algo está empezando. Esperamos que no quede todo en una nueva antología decenal. Amén. ■ JUAN ANTONIO ICARDO.